

Para girar a la izquierda: entrevista de Antonio Chicharro al poeta Rafael Guillén

Rafael Guillén: 'la derecha es todo este sistema de valores en el que nosotros estamos integrados. La izquierda es el «tercer mundo»'

I y F: Usted, que ha transitado con gran dignidad por la larguísima posguerra y ha contribuido a restablecer el eslabón de la mejor cultura literaria salvajemente cortado por el fascismo en Granada, tendrá mucho que decir a nuestros lectores de lo que puede ser un balance de pérdidas y ganancias históricas y literarias.

R. G.: Cambiando una dictadura por una democracia, sólo puede hablarse de ganancias, tanto históricas como literarias. Yo, en efecto, sufrí una larguísima posguerra con otros amigos escritores granadinos y siempre tuvimos claras nuestras ideas de libertad, verdad, justicia y entrega al bien común. Mis padres poéticos fueron Aleixandre, Lorca, Alberti, Salinas o también el Dámaso de *Hijos de la ira*; mis hermanos mayores, a la vez amigos, fueron Blas de Otero, Gabriel Celaya, Buero Vallejo o José Luis Cano y mis colaboraciones más asiduas aparecieron en la revista *Ínsula* y también alguna en *Índice*. No me voy a detener en censuras, represalias y otros avatares más o menos conocidos. Precisamente esta trayectoria y las ideas que sigo manteniendo me autorizan, en un balance que es sin duda altamente positivo y que significa uno de los grandes pasos históricos de nuestro país, a huir del conformismo y a adoptar una postura crítica con la llamada izquierda predominante en la España de hoy, a la que la llamada derecha le está pisando el terreno no sólo en honradez sino, por ejemplo, en justicia social: empleo, pensiones, etc. Digo «la llamada izquierda» y «la llamada derecha» porque los límites se están difuminando y así lo percibe la ciudadanía, por más que los respectivos voceros nos aturden con sus batallitas diarias y sus rencores personales. En general, ya no se lucha por las ideas, sino por los escaños, o sea, por el poder político, es decir, económico.

I y F: Aunque hablar de poesía y vida no deja de ser una redundancia ¿podría decirme en qué consiste la vida de la poesía?

R. G.: La poesía, más que una manera de ver la vida es la vida misma. La vida de la poesía es verse viviendo. Poesía en la felicidad y poesía en la desgracia. Un verdadero poeta no es el que escribe poemas, sino el que vive, el que está siempre en estado de palabra. En contra de la idea de que el poeta vive en otro mundo, popularizada sobre todo desde el romanticismo, hay que declarar que la expresión poética es la que más se ajusta a la realidad. Miguel Hernández diciendo «por tu pie, la blancura más bailable» define la tersura, la delicadeza, la agilidad del pie amado con mucha más exactitud que pudiera hacerlo un podólogo con su tarso, metatarso y dedos.

I y F: En relación con su principal actividad, la de escritor, me gustaría que hablara de la función o funciones que cumple la literatura en nuestras sociedades y, más concretamente, me dijera por qué escribe y para quién lo hace.

R. G.: Son muchas las funciones que cumple la literatura, desde la de evasión en muy diversos grados (en mi juventud, Aldous Huxley o Graham Greene) hasta la de toma de conciencia social (entonces, Sartre, Malraux o, en otro sentido, Bernanos); desde la de puro entretenimiento hasta la que tras-



El imperio de las luces. Magritte.

ciende a planos poéticos o filosóficos. ¿Por qué escribo? Para mí es una manera de respirar. Es posible que también lo haga para justificar (aunque no sé ante quién) mi estancia en este extraño y amado planeta; o como contribución a una conciencia universal, no sé. En cuanto a «para quién escribo», podría decir que, en primer lugar, para mí mismo, para aclararme las ideas, para ver si logro entender algo, para abrirme paso en el absurdo. Y, en segundo lugar, escribo para todo aquél que desee acercarse a mis experiencias vitales y a mis sentimientos. Sin más complicaciones. Estoy de acuerdo con quienes afirman que hay que desmitificar la función del escritor, sobre todo del poeta. El escritor es un ser humano como cualquier otro: ama, comé, duerme, trabaja, tiene o no tiene hijos, etc. No obstante, conviene tener en cuenta que, además de todo eso, escribe.

I y F: Aunque las utopías no lleguen nunca a realizarse, convendrá conmigo en que son imprescindibles como ideas reguladoras de la realidad. Pues bien ¿qué utopías de la modernidad histórica necesitamos seguir manteniendo en estos tiempos de mundialización o globalización?

R. G.: En efecto, las utopías son imprescindibles; pero especular sobre qué utopías

de la modernidad histórica necesitamos (todavía no sé qué es la modernidad, pues en cualquier época se es moderno) es algo que supera mi capacidad teórica. Yo no me considero un teórico. Me limito a dar mi opinión a quien me la pide, lo más llanamente posible, como ya habrá usted podido comprobar. Me siento más proletario que intelectual (unos años de bachillerato inconcluso y más de cuarenta años trabajando en una oficina me avalan). Entendiendo por proletarios, como dice Tierno Galván en una entrevista concedida a Salvador Pániker en 1969, «a personas con un nivel de renta bajo y con una ideología que les permite ponerse en contacto con lo real, sin que se interpongan tantas capas de reflexión, y de tópicos históricos, como generalmente se interponen entre un intelectual y la realidad». No obstante, me atrevo a pensar que la mundialización es inevitable; en su aspecto positivo (tecnología) y en su aspecto negativo, sobre todo para el «tercer mundo» (economía de mercado). La izquierda habla siempre de progreso de una manera abstracta, cuando todo depende de la dirección en la que se progresa.

I y F: De política y cultura: ¿Podría establecer los límites de sus relaciones o mantienen uno y otro conjunto de actividades

su autonomía y especificidad?

R. G.: Creo que mantienen su especificidad. En cuanto a su autonomía, nos encontramos con uno de los casos en los que hay que pasar de la utopía a la *praxis*, o sea, al hecho de que la pura reflexión carece de sentido si no se realiza mediante una acción (es ésta una idea marxista que puede ser prohijada, y de hecho lo está siendo, por cualquier otra doctrina). En las relaciones entre cultura y política, la práctica nos dice que para la eficaz difusión de la cultura a todas las clases sociales se necesitan unos medios que sólo puede proporcionar la política (obsérvese que la primera concejalía que piden las izquierdas es la de cultura). Es un caso de la aplicación correcta de la *praxis*; que no en todos los casos puede ser válida. Edmond Cros, por ejemplo, en una entrevista publicada recientemente en esta misma revista, dice que se impone una concepción radicalmente nueva del texto en la que se sustituya *verdad* por *validez*. Lamento no estar de acuerdo. La verdad, tradicionalmente entendida -no hablamos de relativismo- es absoluta: si está lloviendo, está lloviendo. La validez, no. Validez ¿para qué? Y, sobre todo, ¿para quién?

I y F: ¿Qué medidas adoptaría para una mejor instrucción pública y en qué consistiría una efectiva política cultural atenta a los intereses públicos en nuestro país?

R. G.: Las medidas hay que adoptarlas desde las primeras letras. Esto lo saben muy bien los vascos, y ahí están las «ikastolas». La reforma educativa de la izquierda fue nefasta, sobre todo en lo que se refiere a las humanidades. Por ahí debe empezar una política cultural. El latín es necesario hasta para los que se piensen dedicar a las matemáticas. No hay nada más exacto y estructurado. Además ¿cómo expresarse medianamente bien si se desconoce el latín y el griego, padres de nuestro idioma? Las consecuencias de tal reforma han sido, por ejemplo, que haya que pasar la mano a las faltas de ortografía en las pruebas de acceso a la universidad. ¿Y el asunto de las religiones, de nuevo en la palestra? Ya sabemos que nuestro estado es aconfesional; pero es imprescindible conocer la historia de las religiones. ¿Cómo se puede estudiar historia del arte si se cree que «La Sagrada Familia del pajarito», de Murillo, es un cuadro de ornitología? O ¿cómo se puede estudiar arte y filosofía hinduistas si se desconoce quién es Siva o Brahma o Visnú y cual es su naturaleza y sus relaciones? O ¿cómo se entiende el fanatismo islámico sin conocer el Islam? Y ¿por qué ese menosprecio a la moral y a la ética? ¿Y la urbanidad? ¿Y la buena educación? ¿Tampoco son necesarias? Desde luego, para el «botellón» no. Empieza el profesor por decir a los alumnos que le hablen de tú, colega, que eso es muy «progre», y acaban pegándole. Yo creo que porque se use correctamente el tenedor y el cuchillo no se es burgués. Por mi parte, prefiero mantener la mayor distancia posible con mis antecesores cavernícolas, una vez que he perdido agilidad para subirme a los árboles.

I y F: ¿Es la cultura literaria de nuestro tiempo un adorno?

R. G.: La cultura no es un adorno. Es un

Izquierda y Futuro

Edita: Asociación Izquierda y Futuro. Página web: www.izquierdayfuturo.org -- E.Mail izquierdayfuturo@izquierdayfuturo.org

Viene de la pág. 23

elemento esencial en el desarrollo y en la realización del ser humano como tal. Tampoco creo que deba ser una herramienta ni, mucho menos, un arma, aunque sea poética, como dijo mi buen amigo Gabriel Celaya. Nada de armas. Esto la pondría al servicio de las ideas y son las ideas las que deben servir al desarrollo de ese acervo común de la humanidad que es la cultura.

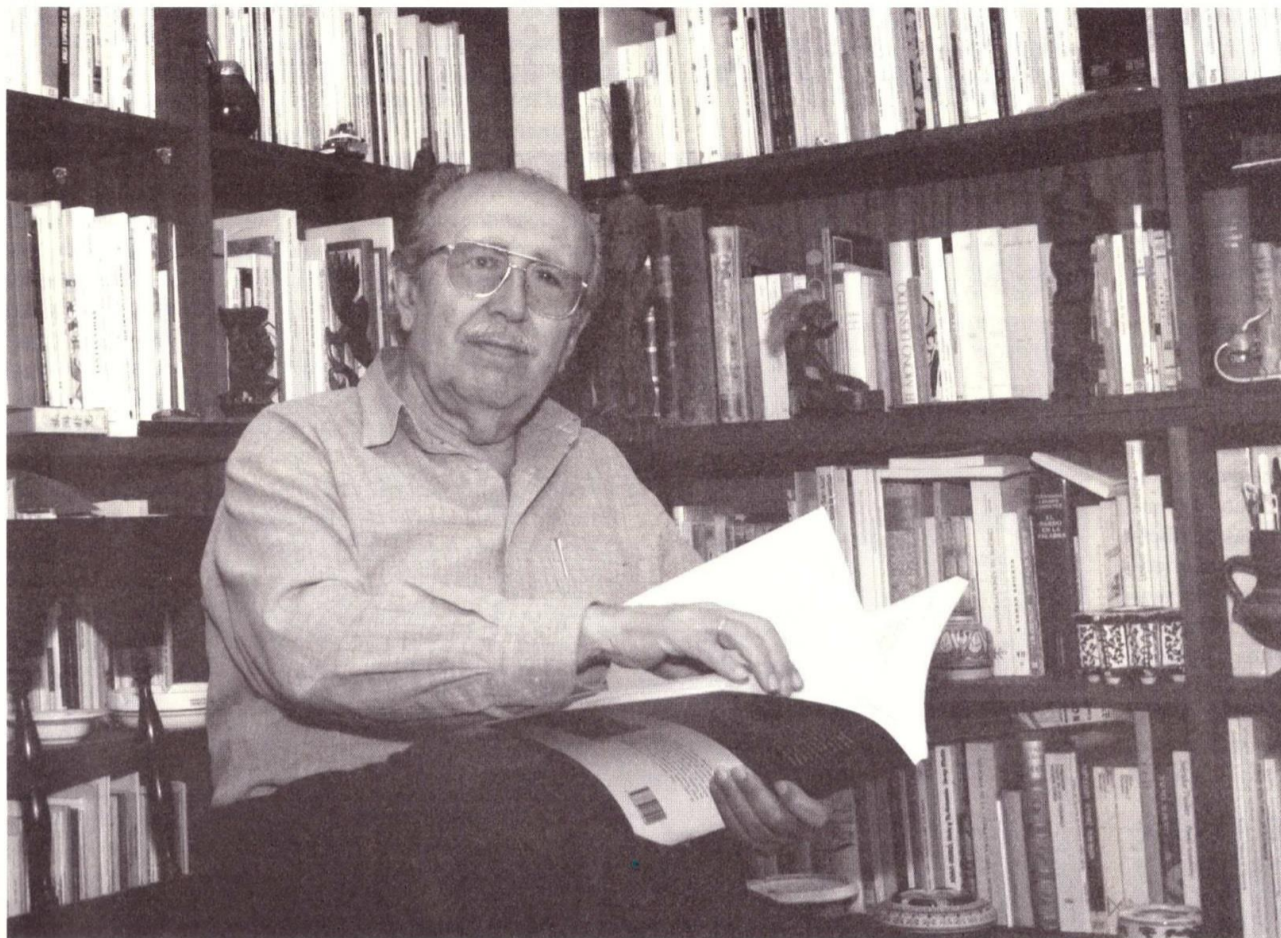
I y F: ¿Hasta qué punto es posible hablar de una cultura de la izquierda y, de existir, cuáles serían sus aspectos distintivos?

R. G: Sabido es que la denominación de izquierdas dada a determinadas ideas y actuaciones políticas proviene de que en las asambleas de la Revolución Francesa los más progresistas y revolucionarios se sentaban a la izquierda de la presidencia. De ahí que, para entendernos, todo lo que sea progreso y cambio tenga desde entonces esta denominación. Pero dado que estas propuestas regeneradoras son hoy asumidas en su ideario por todos los partidos políticos, no son las palabras, cuyo significado ya se ha visto que es a veces caprichoso, sino los hechos los que han de situar a cada uno en su lugar. Porque se puede dar el caso de que exista una derecha de izquierdas y viceversa. Son los hechos, repito, los que nos harán poder hablar de una cultura acorde con nuestras ideas; aunque siempre refiriéndonos a la forma de promocionar la cultura; no a la cultura en sí, que está por encima de las ideas políticas, como he dicho antes. Y en esa forma de promocionarla, sí se pueden dar aspectos distintivos: quiénes son los destinatarios, cuáles son las materias que predominan, con qué intensidad y frecuencia se actúa, etcétera. De todas formas, observo que estoy afirmando demasiado categóricamente, cuando de nada estoy seguro y no me tengo por un ejemplo de coherencia (cohesión, relación de unas ideas con otras); aunque sí pretendo serlo de congruencia (conformidad con mis ideas). Mi pensamiento no es monolítico. Soy pura contradicción y admitiré gustoso que se me contradiga en cualquiera de las cuestiones planteadas. En lo único que creo firmemente es en la duda. Y de mi ideología forma parte sustancial el sentido común.

I y F: Usted, que ha hecho del viaje un medio de exploración y conocimiento de su mundo interior y exterior, qué lección última ha sacado de sus largas experiencias viajeras y qué fronteras ha conocido entre el Norte y el Sur.

R. G: No hay una lección última, sino un cúmulo de experiencias que son las que acaban conformando las ideas. Precisamente ese continuo contacto con otras culturas, otras mentalidades, otras religiones, otros sistemas de convivencia, otras maneras de vivir y de entender la vida es el que me proporciona un punto de vista que está fuera

<<Para girar a la izquierda>>



Rafael Guillén en su biblioteca

de toda política; al margen de las diversas razas y los diversos países, históricamente configurados por motivos coyunturales en la mayoría de los casos. Así, la primera idea que sobreviene es la del absurdo y el primer sentimiento es la lástima. Saber, desde once mil metros de altura, que allá abajo, unos microscópicos seres llamados hombres se están matando entre sí, en vez de construir entre todos un planeta más habitable, llega a ser obsesivo; sobre todo cuando se espera aterrizar en un país con otras costumbres, otra lengua y se sabe que sus habitantes tienen también ojos y manos y caminan erguidos. Parece que se nos olvidan cosas tan elementales como que somos hermanos y todo eso. En cuanto a las fronteras entre el norte y el sur (por cierto, no he conseguido ver desde arriba las líneas que en los mapas separan a los países), he comprobado una y otra vez que el mundo ha sufrido en el siglo XX una de sus mayores convulsiones geopolíticas. Ha basculado el eje en torno al cual giraba la humanidad y el desequilibrio Este-

Oeste ha pasado a ser Norte-Sur. En Ucrania y demás países del Este, o en Hong Kong, o, sobre todo, en mi última estancia en Shanghai, relacionándola con la de unos años antes, he podido constatar que empieza a desaparecer la diferencia económica, y algo también la ideológica, que existía entre oriente y occidente. En la India, en Mauritania, en Colombia, en Brasil y otros países sudamericanos he podido comprobar, por otro lado, que el abismo de pobreza que los separa de nosotros es cada vez más aterrador. Hoy la derecha es el Norte: capitalismo, consumismo. La izquierda es el Sur: miseria, explotación neocolonialista. La derecha es todo este sistema de valores en el que nosotros estamos integrados. La izquierda es el «tercer mundo».

I y F: ¿A dónde van las izquierdas y qué es ser de izquierda hoy?

R. G: Ideológicamente, la verdadera izquierda (que no veo reflejada en ningún partido político en este momento), la que es hoy el reducto nostálgico y romántico de

ideas como la libertad, la justicia, la tolerancia, la verdad, etc., no va aquí a ninguna parte. En lo que llamamos civilización occidental, las ideologías han sido engullidas por los partidos políticos. Explicaba Ortega y Gasset en un artículo publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 15 de marzo de 1930, cómo la existencia de partidos era entonces bastante reciente. Siempre habían existido grupos combatientes que luchaban contra otros por obtener un fin. Tanto la victoria como la derrota llevaba a la disolución de dichos grupos y el retorno de la sociedad a la normalidad. «En el partido -añade textualmente- lo sustancial es el partido. Se quiere que la sociedad esté normalmente escindida en grupos, haya o no pretexto para ello. Cuando no lo hay, se inventa. Es

preciso nutrir el partido refrescando su programa bélico. Se considera que la lucha es la forma esencial de convivencia entre hombres. Nada de ajustarse a la verdad, al buen orden. Nada de ajustarse a la verdad, al buen sentido, a lo justo y a lo oportuno. No hay una verdad ni una justicia: hay sólo lo que al partido convenga y esa será la verdad y la justicia». Son palabras éstas que yo suscribiría si la democracia, en la que creo, pudiese darse con una fórmula distinta a la de los partidos. Pero no conozco otra de momento. El caso es que la llamada derecha hoy en España es un capitalismo aderezado con tintes liberaloides (véase el manejo de las grandes empresas privatizadas -sin olvidar lo que pasó con Rumasa-) y la llamada izquierda es otro capitalismo, que se intenta camuflar con tintes socializantes e, incluso, populistas (véanse los grandes grupos mediáticos que la sostienen). El cinismo de la llamada derecha sólo es comparable con el cinismo de la llamada izquierda. ¿Y la verdad? ¿Dónde está la verdad? De ahí que la teoría de la existencia de dos clases sociales -burguesía y proletariado- que presenta Carlos Marx cuando, en la relación trabajo-capital, este último, a la hora de la retribución, se queda con una parte de lo producido por el trabajador, donde hoy día es plenamente aplicable es en la existencia de dos clases de países: países ricos y países pobres, o sea, países estos últimos que incrementan con sus reservas naturales y su trabajo el bienestar del «primer mundo». En este «primer mundo», salvo que la inmigración desnivele el predominio actual de una poderosa y amplia clase media, hoy no se puede ser de izquierdas, repito, más que románticamente; porque prácticamente, como ser de derechas, es subirse al primer carro que pasa, llámese antibelicismo, llámese europeísmo o llámese nacionalismo de vía estrecha. Y, si seguimos con los ismos, ahí tenemos el clientelismo, el arribismo, el revanchismo, el ya citado cinismo, el pragmatismo a ultranza y el nepotismo más descarado. En unos partidos más que en otros, y no quiero señalar.

Rafael Guillén nació en Granada el año 1933. Fue fundador y director, con José G. Ladrón de Guevara, de la colección de libros de poesía "Veleta al Sur", única manifestación poética en Granada desde 1957 hasta 1966. En 1982, con Francisco Izquierdo, inició la serie de fascículos sobre el Albayzín (narrativa, ensayo y poesía) "Los Papeles del Carro de San Pedro". En 1994 le fue concedido el Premio Nacional de Literatura por *Los estados transparentes*. En 2003, se le otorgó por unanimidad el Premio de la Crítica Andaluza por *Las edades del frío*. También obtuvo los premios "Leopoldo Panero" 1966, "Guipúzcoa" 1968, "Boscán" 1968 y "Ciudad de Barcelona" 1969, entre otros. Es miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada, en cuya creación ha participado, y posee la Medalla de Honor de la Real Academia de Bellas Artes de Granada. Sus libros más significativos son: *Antes de la esperanza* (1956), *Pronuncio amor* (1960), *Cancionero-guía para andar por el aire de Granada* (1962), *El gesto* (1964), *Hombre en paz* (1966), *Tercer gesto* (1967), *Amor, acaso nada* (1968), *Los vientos* (1970), *Límites* (1971), *Gesto segundo* (1972), *Moheda* (1979), *veinte poemas risueños* (1980), *Vasto poema de la resistencia* (1981), *Mis amados odres viejos* (1987), *El país de los sentidos (Prosas marroquíes)* (1990), *Los estados transparentes* (1993 y 1998, nueva versión), *El manantial (Homenajes 1965-1996)* (1996), *Tiempos de vino y poesía (Prosas granadinas)* (2000), *Variaciones temporales* (2001), *Las edades del frío* (2002) y *Prosas viajeras (Selección)* (2003).

